

LAS RELACIONES CASTELLANO-PORTUGUESAS EN EL POEMA DE ALFONSO XI

por **Juan Victorio Martínez** *

Alfonso XI tiene el raro privilegio de ser el único rey medieval cuyos hechos, desde luego gloriosos, fueron considerados dignos de ser cantados en un texto literario de mucho más amplio y elevado vuelo que el marco más normal de la crónica. Pero lo excepcional no se limita a esa circunstancia, sino también a que tal elaboración se produjo cuando aún vivía, ensalzamiento que no le cupo a nadie más.

Estos dos detalles están sin duda relacionados entre sí. Para ser más exactos, hay que pensar que el proyecto de escribir un poema que lo elevara a los altares de la leyenda partió de su misma corte y probablemente con su consentimiento. En efecto, se hace muy difícil imaginar que fuera compuesto después de su muerte, pues, independientemente de que el final interrumpido del texto coincida con la muerte inesperada de su personaje, lo cual podría ser concebido precisamente como una rara coincidencia, sería ilógico admitir que esa redacción se llevara a cabo en los años siguientes, reinando ya su hijo Pedro, llamado el Cruel, aunque no fuera más que por el hecho de que este mismo personaje aparece mencionado en unos versos mucho menos numerosos y gloriosos que sus hermanastros, y sobre todo que no se le hubiera dado el magnífico tratamiento que se le da a doña Leonor de Guzmán, madre de estos hermanastros y rival imbatida de la reina doña María, esposa de Alfonso: madre e hijo iniciaron, cuando aún el cadáver del rey estaba caliente, una implacable persecución de esa familia bastarda que les había usurpado influencia y cariño, con los resultados de las muertes y ajusticiamientos ya conocidos por todos. Sería incluso verosímil elucubrar que Pedro se dedicara a destruir cuantas copias del texto encontrara.

* UNED – Madrid.

Además de esas razones, hay otras internas en el propio texto que abogan por aquella simultaneidad, y que se centran en el uso del tiempo presente, que no debe ser entendido como ese presente histórico que se emplea para dar más viveza y proximidad a los acontecimientos, sino al presente del narrador (y, por lo tanto, del público) manifestado en fórmulas como "(quiero) del muy noble rey hablar / que Dios mantenga en vida", (267), o "deste rey que Dios defienda" (674, 1572, etc.), que demuestran que Dios está efectivamente "defendiendo al rey", pues sería paradójico que se dijera tal cosa estando muerto. Si fuese así, el autor tendría que haber recurrido a fórmulas de tipo cidiano, como "en buena hora nació" o "ciñó espada".

Podría añadir más datos de apoyo, pero creo que los aportados ya son suficientes para el tema que nos ocupa. Por el contrario, es necesario volver sobre aquella circunstancia privilegiada aludida al principio acerca de la elaboración de un texto poético que superara los límites necesariamente más reducidos de la crónica (que, de todas formas, también se compuso). Desde luego, no voy a entrar aquí en consideraciones de tipo literario acerca de la forma, tradición, etc. en que se compuso este, por otra parte, insólito texto. Pero sí es interesante retener el hecho de que esa vía poética fue considerada en la misma corte mucho más eficaz que la oficial cronística para, en esencia, decir lo mismo. Desde luego, nuestro monarca tenía motivos para pensar en la eficacia de la poesía, pues él mismo compuso poemas y leía novelas de caballería. Y, desde luego, en el *PAO* se da perfecta acogida o cita a otros textos literarios de contenido histórico o pseudo histórico, como *Alixandre* (1773), *Carlomagno* (1714), *Enrique, hijo de Oliva* (2421), el conde *Ferrando (González)* (146), con el que se emparenta al monarca; el mago *Merlín*, al que se le cita detenidamente por haber profetizado precisamente la victoria de Alfonso sobre los benimerines en el Salado; tampoco faltan algunos de los "doce pares", como *Oliveros*, *Roldán*, *Turpín* (1740) y *Terrín de Ardeña* (1713). Y, por supuesto, no podía faltar el *Cid, Ruy Díaz* (285), mencionado en una estrofa muy significativa para el asunto que nos ocupa:

"E vio libros que fablavan
del muy noble Cid Ruy Díaz
e cómo los reys provavan
con moros cavallerías".

Pasamos así a la pregunta de por qué se consideró necesaria la vía poética, para qué necesitaba el rey que un número muy amplio de público conociese su gloria, si él ya la había ganado poniendo orden en

el reino y reiniciando gloriosamente la reconquista. ¿Para pasar a la posteridad? Es poco probable, pues pasaría de todas formas y, por otra parte, a un rey (y aunque no lo sea) le urge más el presente que el futuro. Por esa razón, no hay más remedio que inclinarse por la hipótesis de que necesitaba esa glorificación, entroncada con la historia heroica, para remediar una perentoriedad del momento. Y, así las cosas, ese texto debe ser entendido a la vez como crónica rimada y cantar de cruzada, es decir para calentar los ánimos con el objetivo de que se acuda a la conquista de alguna plaza más por la gloria de haber participado que por el provecho económico de la paga.

Pues no hay que olvidar, para citar a los portugueses por primera vez, que al monarca le fallaron momentáneamente en la llamada "guerra del estrecho", cuando la flota, mandada por el almirante Carlos Pezano, se niega a intervenir so pretexto de que el período de tiempo por el que habían recibido paga había transcurrido ya. De igual manera se comportaron varias veces los genoveses, que actuaban mucho más movidos por el interés monetario que por la fe religiosa y que, por ende, podían pasarse al enemigo en cualquier momento. Y también algunos "cruzados" de allende los Pirineos. Todos ellos obligaban continuamente al monarca a pedir sucesivas y a veces excesivas ayudas a diferentes ciudades de su reino, que estaba empezando a desangrarse en el sentido propio y en el económico. A la vez, también le estaba obligando a ceder ante las conductas poco ejemplares de ciertos de sus nobles, en concreto el famoso Infante don Juan Manuel.

Ante una situación tan apremiante, no le quedaba más remedio que recurrir a la gloria de la historia para despertar el orgullo de linajes y caballeros, a rememorar personajes emblemáticos cuyas hazañas, fijadas por el recuerdo, podrían ser ahora imitadas, todo ello, además, para mayor provecho del reino y mayor honra a Dios. Esa es, entre otras, la razón por la que se le da tan amplia cabida a la oración de Alfonso, que tanto recuerda a las que solía hacer el famoso conde Fernán González, en las vísperas de la batalla del Salado (1503-1511), a la que sigue la mucho más larga exhortación, confesión incluida y promesa de gloria celestial para los caídos, de don Gil, arzobispo de Toledo (1520-1556), cuya conducta trae inmediatamente al recuerdo la del obispo don Jerónimo en las filas cidianas.

Los argumentos que abogan para la consideración de este poema como "cantar de cruzada" son todavía más numerosos, pero no es cuestión de alargarse en lo que es evidente. Sí interesa retener aquí que, independientemente de que lograra cumplir con el objetivo arriba señalado, al menos se consideraba que con un cantar se podía alcanzar, lo que condicionaba su composición, pues en su relato, tendente a aunar

voluntades, se tenía que evitar, en la medida de lo posible, todo aquello que supusiera desunión, interés personal, enemistad. Y es en este sentido como se tienen que enfocar las relaciones entre portugueses y castellanos, sin que esta suavización ponga nunca en tela de juicio el liderazgo, la excelsitud del protagonista. Pues sólo así se puede entender que la visión de "lo portugués" sea más áspera cuando escribe el cronista que cuando lo hace el poeta. A esa doble visión dedicaré las líneas que siguen.

Y empezaré recordando, brevemente porque considero que es de todos conocido y aceptado, que el autor de un texto épico tiene mayor libertad que un cronista (aunque tampoco haya que fiarse excesivamente de éstos, sobre todo si son contemporáneos a los hechos que narran) a la hora de componer su relato, bien omitiendo unos acontecimientos, bien sugiriendo otros, exagerando por allí, minimizando por acá.

El primer aspecto que señalaré será precisamente el diferente tratamiento que hace el poema del perfil de los monarcas de ambos reinos. Por supuesto, el poeta está obligado a ensalzar el del castellano. Por ello, cuando se alude a él, suele ir adornado con el honroso epíteto de "buen rey", frecuentísimo, o los más gloriosos de "este rey de gran bondad" (398), "un rey de tan gran valor" (1137), "señor de buena ventura" (402) y el también muy frecuente "el muy noble rey d'España".

Frente a este tratamiento, al vecino se le cita generalmente con la muy neutra fórmula de "aquel rey de Portugal", cuando el cómputo no hubiera impedido la inclusión de epítetos del tipo "buen" o "gran", que hubieran tenido muy lógica acogida en algunos episodios. Por ejemplo, hubiera sido muy normal que se le citase así cuando se le envía la embajada que le comunica el deseo del castellano de casarse con su hija María. De hecho, en estos episodios se le aplica el epíteto "buen", pero una sola vez, y ese caso se explica porque tal boda es considerada muy conveniente, de manera que parece que tal calidad se debe aplicar más a la unión que a quien debe concederla, pues, cuando los embajadores se encuentran en la corte portuguesa, en un momento en que la diplomacia exige incluso la exageración, el monarca es mencionado con el mero y frío artículo o demostrativo, de la misma manera que cuando es solicitada su ayuda para combatir a los benimerines. (Bien es cierto que cuando ambos monarcas sellan esa alianza, el portugués se ve adornado con algunos "nobles" o "de valor", pero no lo es menos que los comparte con el castellano). Y no digamos cuando interviene activísimamente en la batalla del Salado, en donde no se le aplica la menor fórmula encomiástica.

Esta diferenciación en el trato no es sino el termómetro que indica que la enfermedad va por dentro. En efecto, y sin llegar todavía al

análisis de las relaciones hostiles entre ambos reinos, manteniéndonos aún en el clima de buen entendimiento, conviene citar la poco sutil depreciación del portugués en el momento en que debiera cantarse su gloriosa participación en el Salado, depreciación que se lleva a cabo al bies y gracias al relato de la profecía de Merlín. En ella, mientras que del castellano se dicen verdaderas excelsitudes, el portugués es rebajado precisamente como contrate, y todo ello valiéndose del término "león". Así, Alfonso el castellano es denominado como león "muy bravo del corazón" (1817), mientras que el portugués se caracteriza casi paradójicamente por ser "un león durmiente, muy manso de corazón" (1818), apelativos que me eximen de dar más detalles acerca del diferente tratamiento que se concede a la actividad de uno y otro en esta batalla. Al fin y al cabo, al inicio de esta campaña ya había mostrado el castellano cierta resistencia a solicitar la ayuda a su suegro de manera que no tuviera que compartir con él gloria alguna, cuando exclama:

"Si vencemos la batalla,
esto dirán, que non al:
los moros venció sin falla
aquel rey de Portugal" (1158).

Y si esto ocurre en los episodios en los que reina la concordia, es fácil imaginar cómo serán las cosas en los de signo opuesto.

En primer lugar, no hay que pasar por alto el continuado elogio que se hace de doña Leonor de Guzmán, amante del rey castellano, y de los hijos que nacieron de esta unión, por cuanto estas relaciones, nunca censuradas y nada silenciadas o minimizadas, suponían un gran agravio para la esposa doña María y, consecuentemente, para la corte portuguesa a la que había sido solicitada. Sin embargo, este agravio no es nunca presentado como censurable y, sobre todo, nunca es explicado como causa de las guerras que se originaron entre ambos reinos, que se achacan al hecho de que el portugués acoge y favorece a los nobles castellanos insumisos o rebeldes. Así las cosas, la conducta de aquel monarca es presentada como inexplicable, absurda, que originaría entre el público la misma "gran saña" (550) que en el ánimo del rey castellano.

Ante tamaña manipulación, no queda lugar ninguno a la duda de que la derrota portuguesa será casi producto de un "juicio de Dios", que está "bien merecida" (626) y que el portugués hubiese perdido todo su reino si la guerra hubiese continuado. Pero se detiene gracias a la "piedad" (626) del castellano, movido a ella menos por los lazos familiares que por la intercesión del Papa, que les recuerda que esas guerras sólo pueden favorecer a la postre a los moros invasores. No

obstante lo cual, no deja de citarse, mediante el mensaje papal, que el portugués debe aceptar el tratado de paz, como lo ha hecho el castellano en un acto de nobleza, si no quiere que el Pontífice le retire su bendición. Y, no contento con eso, el autor del poema le hace que reconozca su error (667) y confiese que movió todo "por onrar la mi fazienda" (668), es decir por ambición, no por haberse sentido agraviado ante la actitud de abandono a la que el castellano sometía a su hija, continuamente postergada ante los ojos de todos.

El antiportuguesismo se nota en muchos detalles más, pero sería muy prolijo enumerarlos todos. Los ya expuestos bastan para dejar patente esta hostilidad, que se sugiere con más o menos claridad. Pero no debemos contentarnos con constatar lo obvio, sino que, de la audición de este poema ante aquel público, se debe concluir que ese sentimiento no podía ser propio y exclusivo del autor o del círculo en el que estaba inspirado, sino que se respiraba en el ambiente general, pues es evidente que un texto parecido tenía escasas posibilidades de buena aceptación si la atmósfera era filoportuguesa.

Más aún: por las intenciones mencionadas al principio acerca de la realización de una empresa común guerrera contra el invasor, no es imposible sugerir incluso que, de alguna manera, un objetivo secundario del poema sería precisamente el de mitigar esa desconfianza para con el vecino. Pues, en definitiva, también se constata en él un lavado de imagen de los nobles castellanos revoltosos, cuyo prototipo más notable es el Infante don Juan Manuel, con cuya heroica actitud en los diferentes hechos de armas contra los benimerines se pretende hacer olvidar unas conductas anteriores nada ejemplares y mucho más desastrosas para el reino que las protagonizadas por el monarca portugués.

Por el contrario, el cronista áulico pretendía quizás el objetivo opuesto, es decir hacerse eco o mantener vivo ese resentimiento generalizado, e incluso exagerarlo. Lo cierto es que no se ahorra la condena, el menosprecio, la culpabilidad. Y, dado que la extensión del relato no es inconveniente para un cronista, éste no se ahorra esfuerzos en esa dirección. Pero no puedo detenerme, dadas las características de mi intervención, en su pormenorización, por lo que bastará con citar algunos detalles.

Como, por ejemplo, que la iniciativa de boda entre María y Alfonso parte de la corte portuguesa, rechazada en un primer momento por la castellana por cuanto el rey ya está comprometido. O que un contingente portugués, al mando del Maestre de la orden de Cristo, se retira por falta de pago en el asedio a Teba a pesar del ruego de Alfonso de que no haga tal. Asimismo, se justifica que éste se fije en doña Leonor porque quería tener unos hijos que María no le daba. En la guerra

castellano-portuguesa, no deja de citarse la derrota sufrida por éstos en Villanueva de una manera bastante deshonrosa, pues son puestos en rauda huida a pesar de su gran superioridad numérica. Y, rizando el rizo, se llega a decir incluso que "las gentes de Portugal daban bendiciones al Rey de Castiella et maldezían al rey de Portugal porque moviera aquella guerra" (CLXXX).

Basta con ello. Por otra parte, sería muy pretencioso por mi parte recordar a historiadores acontecimientos que conocen mejor que yo, que no lo soy. Mi propósito no era tal, sino mostrar no sólo el diferente tratamiento de un tema según el cauce que tome, sino también sugerir sus diversos objetivos y, en todo caso, dar cuenta de una atmósfera determinada, que parte de una pretendida exaltación de lo castellano y pasa, necesariamente, por una depreciación de lo demás, y en concreto lo que toca a Portugal, reino que aparece, con más o menos detallismo, según se ha visto, como poco digno de confianza y menos aún hecho para la lucha.**

** Las citas del POEMA DE ALFONSO ONCENO están tomadas de mi edición crítica. Madrid, Cátedra, 1991. Las de la crónica, de la Biblioteca de Autores Españoles. CRONICAS DE LOS REYES DE CASTILLA, I, 1953.

